

LA DEVOCIÓN DE SAN JOSÉ EN LA IGLESIA

Lo primero de todo habría que decir que durante los primeros siglos de existencia de la Iglesia, en principio, eran sólo los mártires quienes gozaban de veneración.

Las huellas más tempranas de reconocimiento público acerca de la santidad de San José son halladas en Oriente. Su fiesta era tenida en cuenta por los Coptos ya en los tempranos inicios del siglo cuarto. Nicéforo Calixto dice que en la gran basílica erigida en Belén (Bethlehem) por Santa Elena, había un magnífico oratorio dedicado en honor San José. Lo cierto es, sea como sea, que la fiesta de “José el Carpintero” se encuentra registrada, el 20 de Julio, en uno de los antiguos Calendarios Coptos que ha llegado a nuestras manos, así como también en un Synaxarium (martiriológico) de los siglos octavo y noveno. Menologios griegos (catálogo de Santos y mártires organizado por meses) de una fecha posterior al menos mencionan a San José en el 25 ó 26 de Diciembre, y otra conmemoración suya conjuntamente con otros santos fue realizada en los dos Domingos inmediatamente anterior y posterior a Navidad.

En Occidente el nombre del padre adoptivo de Nuestro Señor aparece en algunos martirologios de los siglos noveno y décimo, y encontramos en 1129, por primera vez, una iglesia dedicada en su honor en Bologna. Su devoción, por entonces solamente privada, como aparentaba ser, cobró un gran ímpetu debido a la influencia y al celo de santos de la talla de San Bernardo, Santo Tomás de Aquino, Santa Gertrudis (muerta en 1310), y Santa Brígida de Suecia (muerta en 1373).

Recién bajo el pontificado de Sixto IV (1471-84), en 1476, por mandato de dicho papa la fiesta en honor a San José, se incluyó el 19 de marzo. Desde aquel entonces la devoción adquirió cada vez mayor popularidad, y la dignidad de la fiesta fue guardando relación con su firme crecimiento. Benedicto XIII , en 1726, agregó el nombre de San José en la Letanía de los Santos.

Pío IX (1846-1878) quien declarará oficialmente a san José, como luego veremos, Patrono y Protector de la Iglesia universal. El 8 de diciembre de 1870, aniversario de la apertura del Concilio, publicó el decreto «Quemadmodum Deus», en el que proclama a san José Patrono de la Iglesia Universal.

El Papa enumera los motivos que lo han llevado a tomar esta decisión. En primer lugar, la misma elección de Dios, que hizo de José su hombre de confianza, entre cuyas manos puso lo que Él tenía de más precioso; después, porque es un hecho que la Iglesia siempre ha honrado a san José con la Virgen María y que, en circunstancias inquietantes, siempre la Iglesia ha recurrido con éxito a su protección. Una vez más --como había sucedido en tiempos del Cisma de Occidente y más recientemente con Pío VII-- ante los innumerables males que agobian actualmente a la Iglesia, el Papa se pone personalmente, y pone a todos los fieles con él, bajo la protección de san José.

El Papa pide «que el pueblo cristiano se acostumbre a implorar, con gran piedad y profunda confianza, a san José al mismo tiempo que a la Virgen María». Esta práctica es de las más agradables a Nuestra Señora, que disfruta con ello. La devoción a san José está ya ampliamente extendida, pero el Papa cree que es deber suyo estimular a los cristianos para que esta devoción «se enraíce profundamente en los usos de la tradición católica, pues esto es de una extrema importancia». Al declarar a san José Patrono de la Iglesia universal, **Pío IX** no hizo más que expresar el sentimiento del pueblo cristiano y, al mismo tiempo, continuar la enseñanza de sus predecesores. Sus sucesores hicieron otro tanto.

Fue en este contexto del siglo XIX espiritualmente muy fecundo, cuando se extiende la devoción y culto a san José, tanto en personas, como en instituciones por toda la Iglesia. Al mismo tiempo, se va dibujando un movimiento, como hemos visto, de peticiones para obtener que el Papa reconozca oficialmente el patronazgo de san José, no sólo sobre las Iglesias particulares, las comunidades locales, o incluso regiones enteras, sino sobre la Iglesia universal y sobre el mundo entero. Nadie más adecuado para cumplir con esta misión unificadora que san José.

León XIII y La primera encíclica pontificia sobre san José

León XIII escribió la primera y magistral Encíclica dedicada a san José, *Quamquam pluries*, y después publicó un documento, por medio del cual pedía a los hogares cristianos que se consagraran a la Sagrada Familia de Nazaret, «ejemplo perfectísimo de la Sociedad doméstica, al mismo tiempo que modelo de toda virtud y de toda santidad». En ella enseña el papel de san José en la Iglesia

En el siglo XX

Pío X tenía una gran devoción por san José, cuyo nombre le impusieron en el Bautismo. Él fue quien aprobó las letanías en honor de este Santo y autorizó su inserción en los libros litúrgicos. En esto, como dice él mismo, está de plena conformidad con sus predecesores: Pío IX y León XIII. José es una ayuda poderosa y muy útil para la familia y para la sociedad (1909).

Benedicto XV (1914-1922), más tarde, publicó un documento invitando a todos los obispos del mundo a celebrar el cincuentenario del patronazgo de san José animando a los fieles para que renovasen su devoción al Santo y a la Sagrada Familia.

El 26 de octubre de 1921, Benedicto XV extendió a toda la Iglesia la fiesta de la Sagrada Familia.

Pío XII (1939-1958) Ejercitó un infatigable magisterio, tratando en sus alocuciones múltiples aspectos de la vida y moral cristianas, en las nuevas circunstancias del mundo. Quiso cristianizar la "fiesta del trabajo del 1 de mayo" **instituyendo la fiesta de san José Artesano**. Una y otra vez señalaba a san José como el protector con mejor título de todas las clases de la sociedad y de todas las profesiones. Habló de este Santo a los obreros, a los matrimonios jóvenes, a los cristianos militantes, a los estudiantes y a los niños.

El Concilio Vaticano II y san José

Juan XXIII (1958-1963) sucede a Pío XII. Cuando fue elegido Papa, sintió no poder tomar el nombre de José, a causa de la costumbre, pero no obstante, escogió el 19 de marzo como fecha de su fiesta personal. Juan XXIII, dio múltiples testimonios de su devoción a san José. Confesaba: «Amo mucho a san José, hasta tal punto que no sé empezar mi jornada, ni terminarla, sin que mi primera palabra y mi último pensamiento se dirijan a él»

Cuando fue Papa, dio las mismas consignas a todos los cristianos: Emplearse igual en tareas humildes que en misiones importantes, sin calibrar la dignidad de lo que se hace. José, esposo de María, no fue más que un artesano que ganaba su pan con su trabajo. Lo que cuenta delante de Dios es la fidelidad. El 19 de marzo de 1959, celebrando la Misa para un grupo de trabajadores de la ciudad de Roma, les decía: «Todos los santos glorificados merecen un honor y un respeto particulares, pero es evidente que san José posee, con justo título, un lugar muy particular, más suave, más íntimo, más penetrante en nuestro corazón».

La gran iniciativa de Juan XXIII fue convocar el Concilio Vaticano II. En las Letras Apostólicas de 19 de marzo de 1961, explica por qué quiere este Concilio tan importante, que ha colocado bajo la protección especial de san José. Comienza por recordar lo que sus predecesores hicieron por la gloria de san José, a continuación explica que el Concilio es para todo el pueblo cristiano, que debe beneficiarse de él por una corriente de gracia, para una vitalidad mayor. Añade que no se puede encontrar mejor protector que san José para obtener la ayuda del cielo en la preparación y el desarrollo de este Concilio, que debe señalar toda una época.

Otra iniciativa importante de Juan XXIII fue introducir en 1962 el nombre de san José en el Canon de la Santa Misa, inmediatamente detrás de la Virgen María.

La apertura solemne fue el 11 de octubre de 1962, pero el buen Papa Juan tan sólo vivió el primer periodo de sesiones. Le sucedió **Pablo VI** (1963-1978), que gobernó la Iglesia durante las tres etapas ulteriores del Concilio, celebradas en los tres años siguientes, hasta la clausura, el 8 de diciembre de 1965. Pablo VI habla con frecuencia de san José

Ya escribía sobre san José el entonces Obispo auxiliar de Cracovia, Karol Wojtyła: «Desde el siglo XIX predomina en la Iglesia, tanto en su Magisterio como en su liturgia, otro modo de interpretar a san José. No se acentúa tanto el rasgo contemplativo, sino más bien su papel social». «San José, que fue durante su vida en la tierra el tutor del Cristo histórico, tiene que ser ahora necesariamente el tutor del Cristo místico, esto es, de la santa Iglesia».

Tras la muerte de Pablo VI, vino el fugaz pero luminoso pontificado de **Juan Pablo I** (26-VIII al 29-IX de 1978); y el 16 de octubre de 1978, el cardenal Karol Wojtyła, arzobispo de Cracovia, fue elegido Papa y tomó el nombre de **Juan Pablo II**. La nueva elección pontificia constituyó un acontecimiento de gran trascendencia: por primera vez en cuatro siglos y medio un no italiano ocupaba la Cátedra de Pedro.

En una Audiencia general del 19 de marzo de 1980, Juan Pablo II, con gran riqueza de ideas tradicionales, comentando algunos pasajes evangélicos de la vida de Infancia, profundiza en la paternidad de san José y en su continuidad en la familia de Dios, que es la Iglesia: «José, al que conocemos por el Evangelio, es hombre de acción. Es hombre de trabajo. El Evangelio no ha conservado ninguna apalabra suya. En cambio, ha descrito sus acciones; acciones sencillas, cotidianas, que tienen a la vez el significado límpido para la realización de la promesa divina en la historia del hombre; obras llenas de profundidad espiritual y de la sencillez madura. Así es la actividad de José, así son sus obras, antes de que le fuese revelado el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, que el Espíritu Santo había obrado en su Esposa (...) El Hijo de Dios, el verbo encarnado, durante los treinta años de la vida terrena permaneció oculto: se ocultó a la sombra de José. Al mismo tiempo María y José permanecieron "escondidos en Cristo", en su misterio y en su misión»

Juan Pablo II, al verse envuelto en tan graves acontecimientos mundiales, ha vuelto los ojos a san José. La "Redemptoris Custos", que forma una trilogía con la Redemptor Hominis y la Redemptoris Mater es una llamada a san José para que "bendiga a la Iglesia", el Santo personalmente. El Santo Padre, cede el lugar que ocupa de "representante", a san José que es el "verdadero Padre", en el sentido en que el Padre Eterno, de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra, le concedió la potestad paterna sobre Cristo y su Obra. La exhortación apostólica de Juan Pablo II, se firmó también el 15 de agosto. (...) Que san José proteja a la Iglesia, la bendiga y con ella de modo particular al Papa Juan Pablo II, que tan providencialmente nos ha dado Dios y la Virgen, en estos momentos cruciales en la historia de la humanidad y que se ha puesto al servicio y bajo la protección de toda la Sagrada Familia».

Benedicto XVI subrayó repetidamente la excelencia de sus virtudes.

Y ¿**Papa Francisco**? Él escribe: “Yo quiero mucho a San José. Y tengo en mi escritorio una imagen de San José durmiendo. Y durmiendo cuida a la Iglesia. Sí, puede hacerlo. Nosotros no. Y cuando tengo un problema, una dificultad, yo escribo un papelito y lo pongo debajo de San José para que lo sueñe. Esto significa para que rece por ese problema”.